

Ricardo Ahumada Maturana

## Los Andes y los Aucas

Desde el agreste y voluntario ostracismo en que vive el autor, familiarizado con Apolo, y dando a luz en diarios y revistas variados y selectos campos poéticos, que han merecido aplausos en el campo literario, sin prodigarse en todo, sin renunciar a su egoísmo artístico, hoy nos regala y nos sorprende con el Poema *Los Andes y los Aucas*.

*Los Andes y los Aucas* es un himno en nueve cantos, que tiene el sabor primitivo y, por lo mismo, reconfortante de los poemas órficos. Es un himno panteísta, vaciado con sencillez en molde clásico.

El tono sacerdotal que se mantiene en los nueve cantos es propio del objetivo lírico, perseguido con una sinceridad ayuna de toda afectación, en la forma y manera en que Fray Luis supo introducir en el castellano el són grave de las Odas de Horacio.

No hay, a través de esos nueve cantos del himno, lumbradas ni chispazos deslumbrantes; pero sí una luz sosegada de medio día claro, en que la poesía fluye a través de la forma, sin que ésta lo sea todo, como en los poemas órficos, en que la palabra no sirve sino a menudo como vehículo de sugerencia, realizando la poesía más aún por lo que se dice, que por lo que se hace pensar...

La realización poética que se logra en este himno ha de apreciarse por la elevación con que nos lleva el pensamiento hacia las alturas de los Andes y por la profundidad con que nos lo arrastra hacia las honduras misteriosas del porvenir común.

de nuestra América. Trátase de la exaltación lírica de nuestra Naturaleza y de nuestra Historia; esto es, del cuerpo y el alma de este «Nuevo Universo», como llamaba Bolívar a la América que libertó.

Los Andes es en el himno el motivo cosmogónico, que uniforma el destino de los pueblos nacidos al uno y otro lado de la Cordillera Continental. Los Aucas son en el mismo poema el motivo pre-histórico, de que el cantor hace derivar el múltiple concurso de las fuerzas étnicas que tienden a la unidad continental preconizada por el Ideal bolivariano.

Es de la Naturaleza misma de donde el cantor deduce leyes para la Historia, como que ésta no es más que un corolario de aquélla: la unidad de los Andes impone la unidad de los pueblos acogidos a sus amplias faldas maternas. Y así es como el himno que arranca de los Aucas, *recorre* a las veinte Repúblicas de la América actual, de igual manera que la Cordillera de los Andes *recorre* de Sur a Norte todo el Continente.

Este himno hace pensar en una refundición de dos poemas de Olegario Andrade, el *Nido de Cóndores* y la *Atlántida*; con lo que puede medirse la poesía de este himno por la de esos dos poemas juntos.

En lo que toca a modos de expresión, he de confesar por mi parte que nunca hube de preferir escuela alguna, por lo mismo que creo que todas caben en el Arte; y así me bastó en *Los Andes y los Aucas* con encontrar la poesía y dar fe de ella. Gran poesía. Eterna poesía. Es ésta la poesía de nuestra Naturaleza y de nuestra Historia.

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

POEMA

«Cual se ve la escultórica serpiente  
de Laoconte en mármoles desnudos,  
los Andes trenzan sus nerviosos nudos  
en el cuerpo de todo un continente».

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

«Majestuosa es la blanca montaña  
que te dió por baluarte el Señor,  
y ese mar que tranquilo te baña  
te promete futuro esplendor».

EUSEBIO LILLO.

## CANTO I

Montaña incomparable,  
monumento grandioso de la América,  
esmaltado de fuego,  
y de cristales y plateadas hebras,  
prendidas en tus sienas como el níveo  
velo nupcial de fantasías épicas!

Desafiaste a los siglos ya dormidos  
en cunas de epopeyas,  
y en las centurias por venir, tus cumbres,  
que decoran la inmensa  
trabazón de tus muros de granito,  
por do revolotean  
los cóndores, augures de la gloria,  
verán desde la altura cómo bregan  
millares de esforzados paladines  
por conquistar la prometida tierra,  
y cómo se ilumina y se engrandece  
la faz del mundo que engendró la Iberia.

Absorto te saludo,  
montaña colosal, torre soberbia,  
en cuya cima de glacial guirnalda,  
donde imprimen sus besos las estrellas,  
desde su carro triunfador la aurora  
anuncia al Orbe que la vida llega.

—Dime: ¿al conjuro de qué esfuerzos surges?

—Pregona tu leyenda.

—¿Qué misión fué la tuya?

—¿Cuál el Fiat marcóle a tu grandeza?

—¿Qué genio misterioso habrá encendido  
tu llamarada eterna?

—¿Quién burila el cristal de tus picachos,  
que al infinito besan

y forman el baluarte de la Raza,  
su legión de avizores centinelas?

—¿Quién desgarró tu seno,  
cuando airada despiertas

y sacudes tu frente encanecida  
 por el recio luchar y las tormentas,  
 y segura de tu alma,  
 al relámpago esperas  
 para impregnar tu espíritu  
 al soplo de la vida de las selvas?

Tal vez Dios quiso, en sus designios pródigos,  
 alzar un faro en tus ríscosas crestas,  
 para que el Nauta, soñador de un mundo,  
 en su locura excelsa,  
 engrandecida por la fe en la Rábida,  
 como unción augural de los que sueñan;  
 desde el Genil, al entregar los moros  
 las llaves de Granada y de su Vega,  
 y a la luz de las joyas de Castilla,  
 no trepidase en coronar la Iberia;  
 y levando las anclas inmortales  
 de ilusas Carabelas,  
 fuese al océano a descubrir lo ignoto,  
 el trozo virgen que escondió la tierra,  
 jardín de las Hespérides,  
 de lo creado magnífica reserva:

Las razas aborígenes—  
 desconcertante aparición escénica—  
 pobladoras del mundo  
 que, bajo la atonía de las nieblas,  
 clavó sus pies en témpanos de nieve  
 y en témpanos reclina su cabeza  
 con la mirada al cielo,  
 fija en la luz de la Polar Estrella;  
 mecido por el fuego de los mares  
 que al continente estrechan  
 por confundir sus ondas tumultuarias,  
 que a la voz del progreso al fin se besan  
 en los derrumbes y oquedal del Istmo,  
 hoy convertido en líquida culebra.

Esas razas fecundas que esmaltaron  
 el suelo de la América,

y han escrito en el bronce y en el mármol  
pindáricas leyendas.

Sus ritos y su idioma,  
las luces de su ciencia,  
grabada en monumentos admirables  
que los siglos respetan  
en Anahuac, el Cuzco y Tiahuanaco,  
sagrados como libros de los Vedas.

El Niágara sublime—  
oda timbrada en el laúd de Heredia—  
el Marañón que silba,  
del Tequendama el Salto que resuena  
como agorero de un collar de triunfos;  
las milenarias selvas,  
pletóricas de ritmos virginales  
y líricas cadencias,  
que vibran, descifrando los misterios  
de las sombrías sendas,  
cual si fuesen laúdes invisibles  
de orquestación dantesca;  
que atolondran la vida del que avanza  
por los fríos senderos de hojas muertas,  
y extravía el camino y ya no sabe  
cuál es la línea recta,  
y busca en el mantón del infinito  
un rayo que lo guíe entre las nieblas.

Y en el cuadro soberbio del paisaje  
desde el confín de las rocosas peñas,  
desbordan maravillas panteístas,  
génesis de simbólicos poemas:  
la esplendidez floral, tapiz del suelo,  
do se yerguen las pródigas palmeras;  
las zonas en que Ponce ver creía  
las fuentes de juvenia;  
el mar que ungió Balboa,  
columbrando un futuro de grandezas;  
mil ríos caudalosos,  
estuarios, islas, deltas,  
canales laberínticos,

que sin compás ondean  
por entre murallones de verdura  
y auríferas arenas.

La franja verde mar de las Antillas,  
donde está Huanahani, la primera  
que el piloto del Orgos divisara  
armado de la Cruz, divina enseña  
del mensajero real del Viejo Mundo;  
Haití, la turbulenta,  
y Cuba, la esmeralda codiciada...  
soñadora mansión, donde descuellan  
las cumbres de su monte de la Gloria  
y el alma de sus plácidos poetas.

Cuna del gran Martí, guerrero y bardo,  
audaz Tirteo de la Antilla regia,  
que con la espada sacudió la lira  
y dióle al ritmo la armonía griega:  
y al remecer el corazón de un pueblo  
y darle bríos para abrir cadenas,  
supo impregnar sus cánticos marciales  
con el milagro de la miel hiblea.

El gran estrecho de perennes brumas  
que Hernando Magallanes descubriera  
en las ondas glaciales,  
que fué la gloria de su magna empresa,  
el primer vuelo alrededor del mundo,  
por atrevida, imaginaria senda,  
para abrir nuevos rumbos a los nautas  
y dar luces brillantes a la ciencia.

El purísimo cielo que nos cubre,  
do fulgura la estrella  
que solitaria alumbra de los Andes  
la nieve endurecida de sus crenchas.

La hamaca tropical, colgante nido  
de las aves alígeras, soberbias,  
que lucen en sus aspas trepadoras  
en el espacio abiertas,  
pictóricos plumajes;

los playados de perlas,  
los cofres diamantinos  
en cuencas brasileñas,  
los mantos de esmeraldas en los valles,  
de Tunca y en el Cauca y Magdalena;  
los Placeres Incásicos  
y los prodigios del Imperio Azteca:  
que bien valían el quemar las naves,  
el seguir tras la gloria con fe ciega,  
el saltar en las lanzas  
y en Noche Triste, columbrar leyendas,  
para hacer del Imperio un Virreinato  
y de un golpe de azar, una epopeya.

Y el que enjoyó de pedrería al mundo  
y le ofrendara tan suntuosa herencia,  
al pie de la Giralda, en el olvido,  
llegó al final de su grandiosa escena.

Y en medio de los salmos y loores,  
la Parca, como el ángel que libera,  
al carro de la gloria ató su espíritu,  
nimbado por Alcázar y por Rueda,  
por Rioja, por Velásquez y Murillo:  
los genios sevillanos que recuerdan  
las eólicas arpas del Parnaso  
y el pincel apolíneo de la Grecia.

## CANTO II

Te saludo, montaña inconfundible,  
esfinge gigantea:  
no eres tú una Pirámide  
de las que alzara en la región desierta  
el hosco Faraón, para memoria  
del poderío de su raza homérica.

Y aunque allí fué la cuna  
de Moisés, que esculpió en tablas de piedra  
la Ley del Sinaí, sacro Decálogo  
de la inmutable voluntad eterna,  
a través de los siglos,  
de ese efímero orgullo sólo queda

el enigma, la duda  
y el dolor de un pasado: Menfis, Tebas.

Hasta allí fué el Corsario de la gloria  
en demanda de Osiris: con soberbia  
interrogó a los dioses... ,  
ante el asombro de la Esfinge enhiesta.

Y al pie de las Pirámides  
que, mudas, lo contemplan,  
pasó revista a las futuras águilas  
de la imperial diadema:  
las mismas que los Alpes escalaron,  
sin medir los abismos de sus sendas,  
para cantar los triunfos de su vuelo  
bajo el sol de Austerlitz, Wagram y Jena.

El águila caudal tendió sus alas  
y fué a rendirse al Sol en Santa Elena;  
mas su trono fulgura en el Olimpo:  
la Gloria, al inmortal abrió sus puertas.

Y en tanto, en el desierto siguen mudas,  
al golpe del Simún y las arenas,  
las fúnebres Pirámides egipcias,  
en soledad eterna...

No puede compararse la obra humana  
¡oh monte que yo adoro!, a tu grandeza:  
tú eres obra de Dios, no de los hombres:

El está en la eminencia  
para darle armonía a tus abismos,  
para darle esplendor a tus laderas,  
para encauzar el brío a los torrentes  
que fertilizan la dormida gleba:  
y has sentido también sueños de glorias  
fantásticas, quiméricas:  
los ecos del clarín del Orinoco,  
que estremeció la sierra  
y recogió mil lauros inmortales  
en Boyacá, Pichincha y Cartagena,  
y en Junín y Ayacucho,  
do culminó la excelsa  
gloria genial cantada por Olmedo

en sus vibrantes, parnasianas cuerdas;  
y ha soñado vivaz tu fantasía  
el hórrido crugir de las cadenas.  
que los gauchos corceles trituraron  
«Al Paso de los Andes», en las peñas,  
como diana de Maipo y Chacabuco;  
titánicas empresas  
que idearon otros émulos del Corso,  
sin oprimir al mundo con la fuerza;  
luchas sublimes del anhelo humano  
en bien de noble, libertaria idea,  
creadora de los pueblos  
de la virgen América,  
herederós del Cid y de Pelayo,  
retoños de la Iberia,  
perpetuadores de su glorias líricas,  
cantadas con las guzlas de su lengua.

A ti llegue mi canto. Eres la madre  
de este suelo feraz que se prosterna  
al recibir tu inspiración diviná;  
eres tú la Minerva  
que aliento diste al aborigen rudo  
de la araucana tierra,  
y al hijo criollo, la altivez bravía  
que en tu crisol modelas.  
Por ti afrontan lo heroico, y en los aires  
vigilan, como el cóndor en las breñas,  
y cruzan el océano,  
seguros que en tus cumbres centellean  
los faros de victoria  
de tus gigantes, vulcanianas teas.

Y ninguno desmaya en sus afanes,  
ninguno siente que la vida pesa,  
miran la aurora al comenzar la lucha  
y al declinar el sol, a ti se acercan,  
para gozar tu almohada de verdura  
y dar gracias a Dios en la floresta.

Y luego, al niño que prepara el temple  
de su alma frágil, en un chal de seda

lo aduermes a tu sombra, como lo hace  
en su seno de amor la madre nuestra.

¡Dios te salve montaña!

La Voluntad Suprema,  
que dirige el concierto de los mundos,  
la vida espiritual y la materia;  
que te alzó desde el fondo de los mares  
como una maravilla de la tierra,  
con su divina voz, desde tus cumbres,  
bendice nuestra Raza y su leyenda.

### CANTO III

Diadema prodigiosa,  
que surges cual visión paradisiaca  
y sirves de modelo a los artífices,  
iluminando, inspiradora, el alma:  
permite a su pincel, de lauros lleno,  
copiar los prismas de tus rocas mágicas;  
derrocha tus encantos,  
y por el sol nimbada,  
deslumbre tu opulencia a la llanura,  
que sólo para ti viste sus galas;  
recoge el rumoreo de sus himnos  
y el beso de sus prados de esmeraldas.

En tu armadura de granito y pórvido  
plantó Vulcano su potente fragua;  
y al fundir tus cristales,  
para forjar las almas  
que el cielo, en sus designios, predestina,  
brotó del yunque el genio de los Aucas,  
la tribu enamorada de las selvas  
que faldean la olímpica montaña.

Indómita, sutil, aventurera,  
así fundió el crisol la ardiente savia  
que ha vencido a los siglos, y es la joya  
que el pueblo heroico en su corona engarza.

Epica raza de incontables lides,  
de historia viva que dejó grabada

en áureos versos el Homero hispano,  
no en la memoria que se extingue o cambia,  
sino en los troncos de la selva virgen,  
en los añosos troncos de araucarias.

«Aquí llegó donde otro no ha llegado» . . .  
Y nadie allí, antes que él, posó la planta.

Tamizaron sus ritmos los Copihues  
las gayas flores de la ruca indiana,  
de pétalos enormes, que simulan  
minúsculas cámpanas,  
de sonidos muy tenues  
y evocadoras vibraciones lánguidas,  
que trémulas resuenan en las tumbas  
silentes, donde aguardan  
los genios tutelares de los Toquis  
el despertar agosto de la Raza.

El dios Vulcano taladró las rocas  
de estirpe milenaria;  
y al purpurar las cumbres  
con los regueros de las ígneas llamas,  
las tribus sorprendidas en las selvas  
agrupáronse en bélicas mesnadas,  
ansiosas de ser libres  
y fuertes, como el puño de sus lanzas;  
y en sus ritos juraron por los astros  
vivir sin ser esclavas.

Y los pumas dejaron sus guaridas,  
de las peñas alzáronse las águilas,  
los cóndores, voceros de leyendas,  
temblorosas las alas,  
remecieron audaces los sepulcros  
gloriosos de los Aucas.

Y de todas las rucas escondidas  
en las selvas, cubiertas por las ramas  
de quilas, que se enroscan y se escurren  
como serpientes bravas,  
surgió una voz vibrante  
a modo de plegaria,

interrogando al monte majestuoso...  
 Y dijo la montaña:  
 —«Las tribus invencibles de estas selvas,  
 mi sombra las ampara,  
 los astros las protegen, las alumbran  
 y formarán mañana  
 la cuna de un gran pueblo de hombres libres  
 que llenará mi falda».

En el crisol divino  
 que esconden tus entrañas,  
 no hay átomos de escoria,  
 no los tiene la Raza.

El fuego purifica la materia  
 y engrandece al espíritu su llama.  
 ¡Oh monte! semillero de volcanes,  
 orfebre misterioso, que en tu fragua  
 has ungido a los héroes,  
 los que fueron, los de hoy, los de mañana,  
 conserve Dios tu luminar fecundo,  
 que es fuerza y vida y esplendor, sin mancha!

#### CANTO IV

Ornamento del monte,  
 su chapitel nevado se agiganta  
 al beso genitor de las auroras  
 que llegan presurosas de las Pampas,  
 uniendo con sus tintes divinales  
 la región del Huelén y las del Plata.

Deslumbra el tornasol los himeneos  
 de la feraz campiña y de las playas,  
 donde en copos de espuma bullidores  
 que a la Venus aguardan,  
 al rumor soñoliento del oleaje,  
 Neptuno rey descansa.

Y dirige veloz con el tridente,  
 desde su carro de cuadriga airada,  
 la sinfonía eterna de las ondas,

poema, imprecatorio, sin palabras.

Y tiene el dios en los caprichos ciegos  
que el oleaje retrata,  
como las fieras, sacudidas bruscas,  
como los hombres, tempestad de calmas.

Y todo aquel extraño poderío  
que ruge y hiere, y mina, y sube y baja,  
se aduerme entre el millar de caracoles  
que en las arenas tímidos se arrastran.

Allí sus iras las convierte en besos,  
su turbulenta exaltación, en calma;  
y en el mullido tálamo se extienden  
las virginales sábanas  
del luciente arenisco  
cuarzoso de las playas.

Y en el lecho nupcial contempla erótico,  
entre caricias vagas,  
la desnudez divina de la diosa  
que engendró a la Armonía y a las Gracias:  
que la Naturaleza,  
de encantos pródiga y de amores ávida,  
su lujuriente néctar,  
en las copas olímpicas escancia.

Y luego, cuando asoma en el oriente  
el genio de la luz, y la montaña  
medio se ahoga con la lluvia de oro,  
concibe que no alcanza  
a dirigir su carro  
a las cimas graníticas, nevadas;  
y envía sus heraldos,  
las nubes crespas, pardas,  
caricias vaporosas  
que los picachos bañan  
y renuevan el germen de la vida,  
el germen de las almas.

Y descifra del Andes el misterio,  
la portentosa fábula:  
es allí donde está el acopio santo  
de la energía brava

que impulsó al mocetón de la leyenda,  
cantado en el laúd de la Araucana.

Y perduran su espíritu y su orgullo  
en los hijos dilectos de la raza,  
que invocando los manes del ibero,  
rinden culto a las glorias de la España.

Entre las dos grandezas,  
el mar y el monte con sus sienas canas,  
palpita el corazón de Arauco Indómito;  
que su ímpetu legara  
a las generaciones más felices  
que laboran la vida en paz, sin lanzas,  
al ritmo del concierto de dos mundos,  
como augurio triunfal de sus etapas.

La ley del porvenir rige las obras  
que aportan al progreso y lo realzan;  
y trepan los peñascos enriellados,  
y vencen con acero las distancias,  
y escriben en los mares epopeyas  
que las ondas repiten asombradas.

Lidiaron con los siglos  
por no rendir su libertad los Aucas:  
los hijos perpetúan sus anhelos,  
su tradición de raza,  
y buscan en el iris del oriente  
la férvida labor, allí do se alza  
la mole gigantea  
que sirve de atalaya.

«Tendrás el pan con tu sudor»—El, dijo—  
y el esfuerzo del hombre no se apaga,  
lo anima el peso de la abrupta roca  
que el Titán cree sentir en sus espaldas;  
y adora su terruño y es guerrero,  
y defiende su amor, su hogar, su patria,  
como los numantinos:  
«La vida sin cadenas o las llamas».

## CANTO V

Urgido por las brumas esquimales  
de las regiones árticas,  
rastreado los veneros que olvidaron  
las pretéritas razas  
en las desgarraduras multiformes,  
en las grietas volcánicas  
de la soberbia cordillera andina,  
donde cada peñón es una grada  
en que pudieron reclinar sus sienes  
los soñadores bíblicos patriarcas,  
y ver la tierra con el cielo unida  
por misteriosa escala:  
desde el sitial de las Roqueñas moles,  
que a los Andes no igualan,  
con legiones atómicas sin gérmenes  
de idealidades áticas,  
con sed de imperialismo,  
en hora inesperada,  
salió del antro sigiloso el Viento,  
como el genio del mal que se avalanza,  
seguro de vencer en su porfía,  
sobre la débil presa encadenada;  
invade las alturas,  
desconcierta las almas,  
incita los rencores del abismo  
y goza en las tormentas que levanta:  
es la fuerza que oprime,  
no la razón que manda.

El faro «Libertad» que alumbra al mundo,  
no ciega a la montaña;  
y en vano Eolo, movedizo, artero,  
de sangre utilitaria,  
como señor del ábrego insaciable,  
intenta dominarla.

No concibe del Andes la grandeza,  
olvida que allí el Cid puso una valla:  
su corona de nieve,

altiva como el alma:  
y estrella su legión de torbellinos  
en los cristales de las cumbres blancas.

El huracán fué un soplo  
perdido en los picachos y quebradas:  
ningún alud se derrumbó en el monte,  
ninguna arista se rindió a las ráfagas.

Y apareció con timidez la luna,  
profundamente pálida,  
y a la voz de Vulcano se encendieron  
las antorchas de luz del Antisana,  
Chimborazo, Pichincha,  
Illimani, Lorata,  
el Chillán y el Osorno,  
Tronador y Aconcagua,  
Tupungato y Calbuco,  
Villarrica y el Llaima.

Y la mole cuajada de rubíes,  
con su penacho de humareda y llamas,  
como la pieza al presentir los rayos,  
sacudió su melena imaginaria,  
despertando la lira de sus bardos  
a la señal de alarma.

Y Cariles, Maipures  
Quichas, Maynas y Uraguas,  
Los Moscos y Chiquitos  
los indomables Aucas,  
Guaraníes, Guaicuros,  
Bogres y Tupinambas,  
silenciaron sus cantos seculares,  
el canto de las razas:

el de los «Machitunes» en las selvas,  
en torno al roblédal; el de las danzas  
y el grito del «Malón» la Araucanía;  
el impetrando al Sol, la tierra Incásica;  
los tristes «Yaravíes» aimaraes—  
melódicas cadencias virgilianas,

trinador de sus «quenas» pastoriles—;  
 la evocadora endecha paraguaya;  
 el quejido mortal de los «Charrúas»,  
 que miran extinguirse su prosapia;  
 y el coro, marcha real del Amazonas,  
 do vierte el Ucayali un són de plata,  
 como póstuma ofrenda de los Incas  
 al trono de Braganza:  
 que ante el seño del Corso omnipotente  
 que oprimía a la España,  
 plantó su tienda en la viril colonia,  
 orgullo de la fuerza lusitana,  
 herencia de Viriato, y que acrecieron  
 Alburquerque, Cabral, Díaz y Gama;  
 que luce entre sus joyas a Camoens  
 y en anaqueles de oro, «Los Lusíadas».

Y unidos todos por el sacro fuego,  
 desde Arauco a Caracas,  
 la tierra de los Incas,  
 las selvas de los Aucas,  
 la zona portuguesa,  
 el alto Paraná y el mar del Plata,  
 preludiaron, al par de los torrentes  
 que de los Andes bajan,  
 el himno fraternal que los concierta  
 a defender su estirpe de las Águilas. . .

## CANTO VI

Siguió el genio del mal, en raudos giros;  
 su empresa temeraria:  
 al fin un día escalará los montes  
 y aplastará a las razas;  
 tiene el oro en sus manos,  
 la energía, la audacia.

Con su ariete de acero formidable,  
 quiso partir la América en dos alas;  
 y le abrió un boquerón  
 a la esfera terráquea;  
 y le dijo a los pueblos de Bolívar:  
 —No temáis, es un cambio de distancias.

Quedó, al troncharse el Istmo del Caribe,  
la América del Sur como una Atlántida,  
perdida entre la espuma de los mares,  
flotando en los abismos como náufraga.

Los recuerdos de Troya,  
los del presente griego y la emboscada,  
surgieron en su espíritu, y atónita,  
con fe en el porvenir, se pone en guardia.

Y mira hacia la eterna cordillera,  
como si allí brillase una esperanza,  
y no trepida en escalar su cima,  
y despeñar sus rocas afiladas,  
y dar vuelo a los cóndores  
para embestir las águilas.

El Andes es la unión del continente:  
encadena las almas  
de los pueblos hermanos que nacieron  
en regia cuna en su divina falda.

Y hablan el mismo idioma  
que el Ingenioso Hidalgo de la Mancha;  
y tienen el empuje de Pelayo  
y de los fieros hijos de Numancia;  
el culto de los grandes ideales,  
y la armonía de la fe cristiana,  
que equilibra la vida  
y borra entre los hombres la distancia:  
han erigido un templo  
de votiva esperanza  
al Redentor del mundo  
sobre las peñas de las cimas álgidas  
y se escucha en los ámbitos de América  
el divino «Sermón de la Montaña».

Se aviva el sentimiento  
de solidaridad americana:  
libres del tutelaje de la Iberia,  
se dividen la herencia conquistada  
por los héroes, los grandes capitanes:  
Bolívar y Miranda,  
O'Higgins, San Martín, Artigas, Sucre,  
pléyade legendaria.

Y quieren vincular su patrimonio  
al de la madre Patria.

Conservan el lenguaje de Castilla  
en su estructura mágica,  
y reciben lecciones de Cervantes,  
Bello y Cuervo, lumbreras de la raza.

Y los pueblos se acercan: es milagro  
que opera la palabra,  
es la voz del Quijote y su Escudero  
que palpita en las almas  
y las llena de altruismo, ley suprema  
que nos legó la España.

Y no olvidan su estirpe,  
su tradición cantábrica,  
los pueblos que en la América florecen  
y al humano concierto llevan palmas;  
y el oro acumulado en la centuria  
de libertad que alcanzan,  
Dios lo destina como gran reserva  
que dará al mundo en crisis nueva savia.

## CANTO VII

Y tú, Sol, astro rey del firmamento;  
tú, que la luz derramas  
y a torrentes clareas la armonía  
eterna de la vida planetaria,  
tú, que al orbe dominas  
y tus rayos regulan las distancias  
en la región etérea,  
do se pierden del hombre las miradas  
en su sed de infinito,  
que nunca acierta ni el misterio abarca,  
—¿qué sería del mundo  
el día en que tu luz ya no alumbrara?  
—¿Quién osará destruir tu riel de fuego?  
—¿Quién, detener tu marcha?

Sólo Dios puede aminorar tu lumbré,  
cambiar el giro a tu ascensión plenaria  
y hacer que brilles, prolongando el día

sobre la tierra pálida.  
Ningún mortal se atreve a herir tu solio.  
El poder de Josué nadie lo iguala.

Eres de Dios emanación creadora:  
«Fiat Lux»; y tu lumbré se derrama  
en las ondas etéreas del espacio,  
y surge el firmamento, la estrellada  
bóveda azul del infinito empíreo,  
a donde sueñan escalar las almas,  
a través de esos mundos ignorados  
que aturden al vacío con sus caudas.

Sigue tu ronda eterna;  
y al ver la gran muralla,  
columna vertebral, recia armadura  
de esta virgen porción de tierra náufraga;  
al compás del murmullo de las selvas,  
de los ríos, torrentes y cascadas;  
al silbo huracanado, que sacude  
las alturas, los valles y las pampas  
escucharás los cánticos lustrales  
de los Incas, los Quichas y los Aucas.

¿Temes que pueda obscurecer tu gloria  
la olímpica montaña?

Ella sonríe cuando tú te acercas,  
y al recibir al Alba  
en sus cumbres de gélidos cristales  
tornasolados, como airón de nácar,  
vibran los ecos de su voz que dicen:  
Sol ¡bienvenido! pasa.

Te ciernes en la altura  
y raudó subes y al cenit escalas,  
y luego, al ir al tálamo insondable,  
lleno de Ondinas y celosas Parcas,  
reflejas tus murientes rayos de oro  
en las crestas plateadas  
de la gigante mole que te admira  
y se deslumbra, estática.

Tú la admiras también, vas perfilando  
un idilio de amor en tus miradas,

cuando al irte murmuras:  
«Recibe un beso, volveré mañana».

Y eres tú el mismo Sol, el que adoraron  
las tribus del Imperio de Atahualpa,  
que fundieron tu efígie  
con el oro escondido en las entrañas  
del Andes colosal, pingüe riqueza  
que nunca el tiempo agotará en sus arcas:  
aunque volviere a repetir la historia  
la inconcebible hazaña  
del Gran Marqués, que sometió esas tribus  
al hierro de su audacia;  
y en forma de sacrílegos tributos  
recogió mil emblemas de oro y plata;  
y ultrajando su gloria, oyó impasible  
del Inca prisionero la demanda,  
el grito de la vida,  
que desde el trono hacia el martirio baja.

Y eres el mismo que irradió en las cumbres,  
al sacudir las oprimidas razas  
el fuego dominante del Ibero,  
que impuso por tres siglos con su espada;  
y hoy flotan las banderas,  
los nuevos oriflamos  
de los pueblos nacidos en los surcos  
de la América hispana.

Hoy llegas al ocaso,  
do en un tiempo tu luz no se ocultaba:  
perdieron los Felipes sus dominios  
y otros Cides campean por la fama.

Mas, palpita el espíritu de Iberia  
en las hijas que fueron tributarias  
y que repiten hoy, como lecciones,  
sus romances, leyendas y sus fábulas.

Los nuevos Cides que dió a luz la América,  
sueñan las mismas glorias castellanas,  
tienen la misma sed de grandes triunfos  
y la memoria de su estirpe ensalzan.

El hierro que oprimía,

se tornó en la cadena que hoy enlaza  
la vida floreciente de los hijos  
y la eterna grandeza de la España.

Yo te demandó ¡oh Sol! faro divino  
que presides la vida; que le marcas  
el tiempo, y tus crepúsculos,  
a modo de campanas,  
despiertan los anhelos del trabajo  
y la meditación en la hora plácida.

Sigue ¡oh Sol! alumbrando al monte adusto;  
no detengas tu marcha,  
y nunca puedan abatir las sombras,  
del Andes bello, la corona blanca.

Se oculta el Sol y se adormece el monte  
al arrullo del mar; las olas cantan,  
y el rítmico vaivén lleva las notas  
a impulso de las auras,  
meciendo los encajes de las selvas,  
a dormir a los pies de la montaña.

### CANTO VIII

«Es ley honrar la memoria  
de los seres que ya fueron,  
que nos legaron su nombre  
y nos dejaron el puesto.

Y como lección brillante  
de sus más altos ejemplos,  
hay que erigir en las almas  
y en el bronce monumentos  
que perpetúan la vida»...

Al amparo del monte están los túmulos:  
bajo el sudario de la tierra blanda,  
resisten, en el sueño, la conquista  
las huestes de Purén momificadas.

Y de los Toquis mártires  
perdura su leyenda en hojas áureas:

Caupolicán, Lautaro y Colocolo,  
la trinidad gloriosa de los Aucas

Ocupan un sitio los invasores—  
la historia los nivela en su balanza—  
y guardan sus reliquias  
las urnas cinerarias,  
en las criptas marmóreas,  
colgados los laureles y las armas  
que esgrimieron guerreros de alto nombre,  
ungidos por la fama:  
allí se ve el escudo de Valdivia  
y el trozo toledano de su espada.  
Hoy día le confunden las leyendas:  
vencidos e invasores se agigantan.

Y como en el taller de un anticuario,  
hay arzones, y puños y corazas;  
aceros de Albacete,  
las primitivas lanzas  
de las lides de Hurtado de Mendoza;  
arcabuces, rodela cinceladas;  
y junto con la lira del poeta,  
la pluma que usó Ercilla en su *Araucana*.

Y siguen los grandiosos monumentos  
de glorificación de las hazañas,  
las virtudes y el genio de los próceres  
augustos de la Raza:  
sus sabios, sus artistas, sus poetas:  
todo cuanto es orgullo y forma el alma,  
lo buriló en el bronce  
la mano de Minerva, consagrada.

Y en las horas solemnés  
de romería santa,  
saludan la Necrópolis de gloria,  
las vírgenes, las madres de mañana,  
los hijos, herederos de los héroes,  
los que defienden de la ley el Arca,  
los que forman al niño,  
los que piensan, y luchan y trabajan;

y evocan del pasado la grandeza,  
y en triunfo, al porvenir siguen su marcha.

Así ha plasmado el corazón el pueblo  
nacido de los Aucas,  
que resistieron con viril empuje  
al Sol del Inca y al pendón de España.

Pueblo, conglomerado de leyendas,  
que hoy, libre de fatídicas alarmas,  
domina en su grandor la cordillera,  
amparo de las selvas milenarias,  
para enclavar allí los dos estribos  
del Arco iris: la paz americana.

Y a la sombra prolífica, grandiosa  
de la espectral arcada,  
que luce sus irídeos colores,  
intrépida trabaja:  
empuña el combo, la piqueta dura,  
el barreno, el cincel, siembra la arada,  
vigila el pastoreo, siega el grano  
y lava el oro en la vertiente clara.

Los Andes se estremecen;  
las antorchas volcánicas  
iluminan las nieves de sus cumbres  
y el verdor opulento de sus faldas;  
impulsa los espíritus,  
y como faro, el derrotero marca:  
es la ofrenda del monte:  
a la vida, al esfuerzo de la Raza.

No fué perdida la epopeya heroica:  
ha sido un triunfo la conquista hispana.

## CANTO IX

Y en tanto, un himno vibrador se escucha  
y electriza a las almas;  
el pueblo se descubre emocionado,  
como en acción de gracias:

celebranse los triunfos,  
los rasgos de heroísmo, las hazañas  
de las huésteres guerreras que lucharon  
en las arenas cálidas;  
se murmuran los nombres victoriosos,  
la juventud se exalta,  
y recuerda a los héroes  
que duermen en su gloria tumularia:  
y todo aquel gentío delirante  
se detiene ante el bronce de una estatua,  
ceñida de laureles por las Musas,  
que le han traído de Helicón el arpa:  
parece estar leyendo sus estrofas  
el bardo pregonera de la patria  
y que dice, mirando hacia los Andes:  
«Majestuosa eres tú, blanca montaña».

Redoblan los tambores,  
corea el pueblo las estrofas magas  
del inmortal Tirteo,  
retoño de los Aucas:

.....  
Y al són de las trompetas,  
al ruido de las salvas,  
retorna jubiloso a sus hogares,  
cual triunfador a la ciudad cesárea,  
besando la bandera de su Roma:  
la enseña de la patria,  
augusta trilogía de colores  
que la grandeza encarna.

Bajo la tenue, y zafirina clámide,  
cuyos pliegues decoran la montaña,  
en la quietud inmensa de las sombras,  
enciende el cielo su millar de lámparas.

Y brillan en la esfera,  
cerca del monte o en el azul lejanas,  
las titilantes luces;  
y forman, en la bóveda engarzadas,  
simbólicas figuras  
que el cielo austral esmaltan.

«La Cruz del Sur», parece

mudo Calvario que en el éter se alza  
como emblema de paz de las naciones  
y Redentor de la miseria humana.

Y en el concierto empíreo,  
entre el danzar de luces, solitaria  
fulgura, como reina que preside  
el centelleo ideal, la Estrella Blanca.

Su veste de pureza es el armiño,  
su luz viene de Dios, nunca se empaña:  
es faro que dirige  
el supremo destino de la Patria,  
es joya de su cielo,  
símbolo de la Raza.